



EL ÚLTIMO
BRUJO
BATALLAS ICÓNICAS

G. T. MILLACHINE

Aguja Literaria

G. T. Millachine

G. T. Millachine

EL ÚLTIMO BRUJO:
BATALLAS ICÓNICAS

Aguja Literaria

Capítulo I

Chillwe

Como todas las mañanas, abrió un solo ojo junto con la bocina que indicaba el cambio de guardia. Para no ser descubierto, había desarrollado la capacidad de dormir en estado hipnagógico, algo así como una vigilia constante, que le permitía mantenerse inmóvil y alerta al mismo tiempo durante las distintas etapas del sueño. A él le gustaba pensar que era un don único, como ciertos animales capaces de descansar un hemisferio del cerebro a la vez. Algo tenía de razón.

Reposaba al interior del ataúd, que a esas alturas se había transformado en un entrañable refugio. Contaba con algunas comodidades que le permitían dormir un poco más cómodo; cojines y mantas lo mantenían arropado.

Con el final de la bocina abrió el segundo ojo. El estado de vigilia no le permitía descansar completamente, por lo

que intentó mover brazos y piernas para eliminar la rigidez de los músculos al interior de la prisión de madera en que viajaba. Luego de un largo y silencioso bostezo, logró estar despierto otra vez.

Por un rato se quedó tendido meditando. Había tenido mucho tiempo para eso y logró perfeccionar la técnica alcanzando un profundo control de su cuerpo. En ese instante, escuchó que se abría la puerta de la bodega. Nikolai cerró los ojos y trató de disminuir la respiración lo más que pudo. El ataúd contaba con pequeños agujeros que permitían el ingreso de aire, pero a la vez hacían más fácil escuchar lo que sucedía en su interior. Debía guardar el máximo silencio y mantenerse atento para no ser descubierto. Escuchó el ruido de metales chocar y movimientos de alguien a su alrededor. Los pasos iban de un lado para el otro hasta que por fin se detuvieron junto al ataúd. Tres veces tres golpes en el costado del sarcófago de madera le indicaban que el lugar era seguro. Removió el pestillo que magistralmente había diseñado Volka y se quedó inmóvil.

Levantaron la cubierta desde afuera. Era Hilda. Le llevaba una charola con café caliente en unos jarros metálicos junto con un trozo de pan, la que dejó sobre una pequeña mesita bajo el portillo.

Nikolai Doric cruzó el Atlántico escondido al interior de un ataúd a bordo del transatlántico Osiris, rodeado de víveres, cajas y otros ataúdes. Solo los Schneider sabían que estaba ahí y habían ayudado a mantenerlo en secreto. Por supuesto, Hilda era la más preocupada, sentía una deuda inconmensurable por lo mucho que los había ayudado a ella y su familia a escapar de los problemas de Hamburgo,

además de conseguirles una segunda oportunidad en las promisorias tierras del sur de América. Sentía otras cosas también.

Al ver que Nikolai seguía con los ojos cerrados, se preocupó. Pasó la mano delante de su rostro, pero no sintió su respiración. La posó en su pecho, pero no logró sentir los latidos de su corazón. Acercó su oído a la nariz para constatar si podía al menos escucharlo respirar. En ese momento, la sorprendió con un beso en la mejilla.

—Tonto.

—Ja, ja, ja, hacerme el muerto es una buena excusa para robarte un beso.

Ella sonrió.

—Te traje el desayuno —dijo acercándole la charola.

Nikolai se frotó las manos.

—¡Qué bueno! Estoy hambriento.

Hilda le pasó un jarro y le sirvió café sin dejar de sonreír. Bebió un gran sorbo mientras la miraba.

—¿Nadie te vio venir?

—No. Por lo demás, tengo a mis vigías en la escalera.

—Bien —dijo con la boca llena de pan y café.

Ella seguía sonriendo

—Estás inusualmente contenta hoy.

Con una sonrisa mayor, asintió.

—¿Qué sucede?

—Ven —dijo tomándolo de la mano—. Velo tú mismo.

Nikolai salió del ataúd y se dejó llevar hasta el portillo por el que entraba la luz de la mañana. Con un gesto, ella le indicó que mirara hacia afuera.

Se acercó, y ahí estaba; más cerca que lejos, tierra a la vista. Había pasado tanto tiempo viendo solo el mar que quedó desconcertado. El tono esmeralda de los densos árboles que se desperdigaban por la costa se difuminaba con el claro del césped que cubría los prominentes cerros interiores. En la orilla se extendían playas grises de arena gruesa y piedras. El panorama bravío se fue tornando cada vez más escarpado; islotes de todos los tamaños comenzaron a asomar tras cada nueva puntilla que dejaban atrás. En una de las tantas vueltas, apareció una gran isla frente a una extensa playa. Era un islote rocoso como cualquier otro, salvo porque su superficie parecía mecerse al son del oleaje. A la distancia parecía un espejismo; cuando estuvieron más cerca, logró apreciarla por completo. Cientos de pingüinos la cubrían moviéndose en bandada. Nunca había visto uno en su vida, y ahora tenía tantos enfrente que ni siquiera los podía contar. Un suspiro afloró naturalmente de su pecho.

De súbito, se abrió la puerta de la bodega y asomó la pequeña cabecita de Sonia, la hermana menor de Hilda.

—¡Alguien viene! —les avisó en voz baja. Guardaron las cosas con rapidez y Nikolai volvió al ataúd.

—El capitán dijo que hoy llegaríamos a puerto. ¿Qué piensas hacer?

—No te preocupes por mí. Yo te encontraré.

—¿Estás seguro?

—Sí —dijo confiado—, ve tranquila.

Se despidieron con un tímido abrazo.

Al llegar a puerto, Nikolai aguardó al interior del ataúd igual que durante todo el viaje. Tal como lo habían subido, andamios y poleas lo bajaron con el resto del cargamento.

Cuando estuvo sobre la losa del muelle, buscó el momento adecuado para escabullirse.

El ajetreo propio del arribo de un barco le permitió pasar desapercibido entre la gente. Escondido entre cajas, barriles y ataúdes, vio a los Schneider a la distancia. Estaban junto al resto de la tripulación, esperando su turno para ser acreditados por un oficial del Gobierno de Chile que los inspeccionaba sobre el mismo muelle. Era una aduana incipiente que se preocupaba, en la medida de lo posible, de verificar la veracidad de los documentos que presentaban los nuevos inmigrantes. El oficial a cargo estaba sentado tras una mesa y lo escoltaban dos soldados armados. Uno a uno, iba solicitando los papeles a quienes bajaban del buque y les asignaba las colonias a las que estaban destinados.

Con disimulo, se confundió entre la gente y se paró tras la familia Schneider. Al verlo, Hilda sonrió. Su madre se percató de que estaba con ellos y, tomándolo del brazo, lo jaló junto a ella.

—Hermann Schneider y familia —dijo el oficial de la aduana revisando los pasaportes—. ¿Habla español?

Se quedaron en silencio.

—Sí —afirmó Hilda sorprendiendo a todos. Tenía facilidad para los idiomas y se había preocupado de aprender algo de español para una situación como esa—. Mi padre no hablo. Yo hablo poco.

—Usted debe ser Hilda, la hija mayor —señaló el oficial ojeando los papeles.

—*Ja.*

Mientras revisaba los documentos, el oficial se encargaba de verificar la identidad de cada uno de los integrantes del clan.

—Algo está mal. —Advirtió que la familia lo miraba asustada—. Acá dice que don Hermann Schneider y su mujer tienen tres hijas: Hilda, Sonia e Ingrid.

Los padres asintieron.

—¿Quién es él? —preguntó apuntando a Nikolai, quien trataba de esconderse tras la figura de la madre de Hilda. Lo miraron preocupados sin saber qué responder.

—Él es... primo Nikolai.

—No tengo los antecedentes de algún primo acá. ¿Tienes tu pasaporte?

Nikolai los miraba confundido, entendiendo que de nada bueno se trataba.

—Eh... eh... Lo perdió —dijo Hilda—. Lo perdió en el viaje.

El oficial agudizó la mirada, sospechaba que algo no andaba bien.

—Sin pasaporte no lo puedo dejar pasar —dijo tajante. Hilda explicó a sus padres la situación y estos intentaron interceder, pero el oficial no hablaba una pizca de alemán. Todo era una gran confusión—. Lo siento —agregó molesto—, tendremos que llevarnos al joven hasta que sepamos quién es. —Hizo un gesto a los soldados, quienes se acercaron rifle en mano para arrestarlo. Hermann y su esposa se interpusieron, mientras que el resto de las familias de inmigrantes miraba la confusa escena con algo de temor. No era la bienvenida que estaban esperando. Los oficiales

quitaron a los Schneider de su camino y, tomando a Nikolai de ambos brazos, se aprestaron a sacarlo por la fuerza.

—¿Qué sucede? —se escuchó en un perfecto español con acento alemán. Una voz de orden y autoridad resonó con fuerza. Era el capitán Woegens acompañado de parte de su tripulación.

—Disculpe, capitán —dijo el oficial—, este joven no tiene su pasaporte. Dicen que es parte de la familia Schneider, pero que perdió sus papeles en el viaje. —Woegens miró a Nikolai y entendió la situación de inmediato—. No puedo dejarlo pasar así. ¿Sabe usted algo al respecto?

El capitán recordó los incidentes en el puerto de Hamburgo y supo descifrar el enigma. Se percató de que había sido timado y, por consiguiente, trajo a escondidas un polizón a quien había aclarado que no podía embarcar. Para cualquier capitán, este agravio hubiera sido suficiente para aplicar un castigo ejemplificador. Era una burla a su autoridad y, más aún, a su inteligencia. Por fortuna, Woegens no era un capitán cualquiera.

—Es cierto.

—¿Perdón?

—Es cierto, este hombre perdió sus documentos en el viaje.

—Je, je —rio nervioso el oficial—. Aun así, no lo puedo dejar pasar.

Woegens lo tomó de la solapa para sacarlo de su silla y lo acercó a su rostro.

—He viajado durante meses para traer a estas personas desde el otro lado del mundo ¡y no lo quieres dejar ingresar

porque perdió unos papeles! Doy fe de que fue así —dijo soltándolo—. Y con eso debería ser suficiente.

El oficial miró al capitán y al resto de los marineros que lo acompañaban, volvió a sentarse y se arregló el abrigo sonriendo nervioso.

—Déjenlo pasar —ordenó a los soldados—, es evidente que el joven es parte de la familia.

Nikolai comprendió la situación y agradeció al capitán con un gesto.

—Acá tienen su salvoconducto —dijo a Hilda entregando unos papeles—. Cuando lleguen a la colonia Hui-linco, les asignarán sus pertenencias.

Tomaron sus documentos y, junto con Nikolai, se encaminaron hacia la carreta que los llevaría a su nuevo hogar.

El vapor Osiris arribó a la ciudad de Ancud, al norte de la isla de Chiloé, el 25 de septiembre de 1895. Traía a bordo diez familias de colonos desde el viejo continente. Era parte de una estrategia del Gobierno de Chile para traer mano de obra especializada, escasa en la región, y así conseguir mayor soberanía en la isla, que en ese tiempo aún contaba con algunos reductos indígenas dispersos. A cambio, entregaba tierra. La oferta era atractiva; más de cincuenta hectáreas por grupo familiar. Para trabajarla, incluían una yunta de bueyes con su respectiva carreta y arado, una pila de tablas, y un cajón con clavos. Por su parte, el acuerdo exigía trabajar las tierras seis años, tiempo durante el cual debían retribuir el préstamo con las ganancias del trabajo. Los colonos se comprometían a respetar los mandatos de la colonia a la que fueron asignados y, por supuesto, contribuir con su

experiencia y conocimientos al desarrollo de la comunidad y la nación. Así se colonizó el sur de Chile.

Familias de franceses, holandeses, italianos, españoles, austriacos y alemanes, entre muchos otros, llegaron a establecerse en la isla de Chiloé. La diversidad idiomática y cultural de los visitantes permitió una mixtura riquísima, que aportó a forjar el carácter y la idiosincrasia de la gente del sur. Pero en un comienzo no fue sencillo.

El clima del sur es hostil y adverso para quien no tiene la fortaleza de espíritu necesaria. La abundante lluvia transforma los bosques y la tierra en hualves y ñadis difíciles de trabajar, el frío va curtiendo la piel que se vuelve tensa y dura al igual que el carácter, los días cortos y nublados hacen olvidar la calidez del sol, provocando que las personas se vuelvan introspectivas y algo tímidas. Sin embargo, para el que logra adaptarse a esta realidad y abrazar sus circunstancias, el sur de Chile ofrece un premio mucho mayor a cambio. La fauna y flora son riquísimas, y obsequian una variedad de frutos y alimentos únicos en el mundo. Los animales parecen emerger de entre el follaje casi de manera espontánea y el clima adverso invita a desarrollar una vida mucho más rica al interior de los hogares, lo que afianza la relación familiar haciéndola más cálida y cercana.

Así llegó la familia Schneider a la colonia Huillinco, al sur de Chonchi. Al establecerse, lo primero que hizo Nikolai fue llevar el libro heredado de su padre al talabartero. El viaje y el agua de mar habían dañado la cubierta, y necesitaba preservarlo en el mejor estado posible. Lo cubrieron con una preciosa funda de cuero de chivo curtido.

Hermann Schneider dispuso sus habilidades al servicio de la comunidad. Era el único sastre de alta costura, por lo que sus servicios fueron muy apetecidos. Le iba tan bien que no tenía tiempo para trabajar la tierra que le habían entregado, así que se apoyó en el “primo” Nikolai para lograr la producción exigida y así cumplir sus compromisos con el Gobierno de Chile. Se volvió su mano derecha, su capataz. Mientras Hermann fabricaba los más populares trajes y vestidos para la aristocracia local, Nikolai se encargó de trabajar los extensos terrenos que les habían cedido para, a punta de mucho esfuerzo, cultivar la tierra y hacer crecer el ganado. Y vaya que lo hizo bien. La familia Schneider se caracterizó por conseguir los mayores récords de producción. Pagaron rápido la deuda, lo que les permitió salir de Hui-linco al cabo de los seis años para establecerse cerca de Dal-cahue.

Durante todo ese tiempo, el “primo” Nikolai vivió en un galpón cerca de la estancia de los Schneider. Su habitación era una extensión del granero, lo que le venía perfecto, ya que podía estar más cerca de los animales. Trabajaba todo el día en el campo cultivando, plantando y arreando. En su tiempo libre, releía los pocos libros que había logrado preservar de su viaje y los que conseguía que le prestara el párroco de la iglesia, a cambio de las clases de ajedrez que impartía a los niños. Había encontrado satisfacción en el nuevo mundo. Era feliz.

Sin embargo, cada cierto tiempo levantaba la mirada al cielo y rememoraba Graz. Recordaba el encanto de la ciudad, sus amigos y, por supuesto, a su madre. Anhelaba saber cómo estaban y elevaba una plegaria a las estrellas

esperando que se encontraran bien. No les había escrito por miedo a que alguien pudiera interceptar sus cartas y descubrir su ubicación, después de todo, aún era buscado y el capitán Roschmann mantenía la recompensa por su paradero. Por momentos, sentía la tentación de dejar todo y volver, enfrentar al capitán, y así estar de nuevo con sus seres queridos. Esas ideas se desvanecían rápido cuando, al terminar el día, guardaba los animales, cerraba el granero, y se escabullía unos minutos a hurtadillas bajo el balcón de la estancia para tocar a la ventana de Hilda. En ese breve espacio antes de la cena podían conversar. Era su mayor premio y el mejor momento de su día.

Con los años, pasaron a formar parte del pueblo aprendiendo el idioma y sus costumbres. La gestión de Nikolai llenó de riquezas las arcas de los Schneider, convirtiéndolos en parte del grupo más acaudalado de la región. Mientras esto sucedía, la relación entre Hilda y Nikolai se hizo más estrecha. Entre sus labores diarias, ambos buscaban espacio para verse a escondidas. El granero, la huerta, el cerezo, la orilla del río, eran todos lugares secretos en los que se reunían para robarse unas caricias y algo más.

A esas alturas, el éxito se le había subido a la cabeza a Hermann Schneider. Su condición de potentado le permitía relacionarse con las autoridades de la ciudad y anhelaba ganarse el respeto tanto de las colonias como del gobierno local.

Por eso, cuando se percató de la complicidad y cercanía entre Hilda y Nikolai, se enfadó; había imaginado para ella una unión más noble. Era su hija mayor, su primogénita, y anhelaba que se emparejara con algún importante

aristócrata español o alemán, de manera de alcanzar el estatus social que tanto ansiaba. Lamentablemente para sus pretensiones, el amor que se había gestado entre los jóvenes se volvió casi indestructible.

Los barcos provenientes desde el viejo continente siguieron trayendo familias aventureras que buscaban nuevas oportunidades. Sin embargo, no solo gente trabajadora y de buenas intenciones llegó a Chiloé, también lo hizo mucha lacra de la sociedad europea. Ladrones, estafadores y cuatreros llegaron escondidos con cada una de las delegaciones que arribaban. Para ellos, el incipiente desarrollo de las localidades de la isla era el escenario propicio para efectuar sus fechorías con impunidad. En eso, italianos y españoles llevaban la delantera; por algún motivo, fueron quienes enviaron la mayor cantidad de forajidos a América. Bandas completas de delincuentes llegaron para asolar localidades en su totalidad. Unos pocos llegaron a hacerse famosos, ya que no eran muy hábiles para esos menesteres siquiera, por lo que solían ser ajusticiados con rapidez.

Pasaron varios años desde que la familia Schneider se había asentado en Dalcahue. Durante ese tiempo, Nikolai se había dedicado a servir y trabajar en sus tierras con el objetivo de mantenerse cerca de Hilda. Soñaba con ganarse el beneplácito de Hermann para casarse con ella y conseguir un pedazo de tierra donde formar una familia.

Como era habitual, Hilda se levantó temprano ese viernes para ir a la feria que se instalaba en la costanera de la ciudad. La hacienda quedaba a algunos kilómetros del centro, los que solía caminar contenta, sobre todo porque sabía que no viajaba sola. Nikolai dejaba resuelta su labor el día

anterior solo para seguirla a escondidas. Ya conocía la rutina. Sabía que daría un par de vueltas por la feria para luego escaparse por la playa hasta el grueso ulmo bajo el que se reunían en secreto.

La espiaba a distancia mientras recorría los pasillos de la feria. La veía caminar entre los puestos con su bolsa de género bajo el brazo, probando frutas y revisando atuendos, todo parte de los mandados que debía hacer. Hilda se había transformado en una mujer hermosa que inevitablemente llamaba la atención de quienes la veían pasar. Sabía que Nikolai estaba cerca y trataba de descubrirlo con disimulo. Era un juego entretenido que generaba mayor ansiedad y deseo antes del encuentro.

— ¿Cuánto vale el almud de manzanas?

— Cincuenta centavos —contestó la anciana con amabilidad.

— Gracias —dijo entregando el dinero y cerrando la transacción. Tenía ganas de cocinar un pastel para agasajar a su familia, y a Nikolai, por supuesto. Intentó seguir comprando, pero de súbito la interrumpieron.

— ¿Le han dicho que es usted una mujer muy hermosa?

Un sujeto fornido y de mal aspecto se le arrimó sonriente. Su rostro arrugado y desaseado estaba cubierto por una incipiente barba mal tenida. El aliento a licor se percibía a la distancia, llevaba un sombrero de vaquero. El acento no era de por ahí. Lo acompañaban otros dos personajes aún más desastrados, quienes sonreían con cara de idiotas, babosos ante la cándida belleza de la joven. Los evitó e intentó acelerar el paso entre los puestos de la feria.

—Señorita, no vaya tan rápido... solo queremos conversar.

Los tipos la seguían por los pasillos sin sacarle la vista de encima. Intentó perderlos entrando a un puesto de mantas y alfombras de lana cruda que colgaban derredor y ayudaban a impedir la visibilidad. Asustada y con la respiración agitada, se detuvo tras la tienda esperando pasar desapercibida. De entre las mantas, una mano gruesa la tomó del brazo.

—¿A dónde creéis que vais?

Trató de soltarse, pero no pudo. Dentro de la desesperación, azotó su bolsa con frutas y verduras en la cara del sujeto logrando zafarse. Aprovechó para correr entre los puestos y casas. Se detuvo de nuevo, agazapada tras una cerca. Esperó unos minutos y, cuando sintió que ya no le seguían, salió del lugar a doble paso caminando hacia la playa. Quería llegar lo antes posible al ulmo donde esperaba reunirse con Nikolai.

Cuando llegó, no lo encontró. Aún asustada, se escondió entre las raíces del gran árbol a esperar. Respiraba acelerada y nerviosa. De pronto, escuchó un sonido entre los matorrales. Salió rápido esperando abrazarlo, pero no era Nikolai; el desaliñado sujeto asomó sonriendo. Intentó escapar, pero los otros dos rufianes la esperaban del otro lado y la sujetaron de ambos brazos. La tomó del cuello y la apretó contra el tronco del árbol. Con la otra mano, sacó una pequeña navaja que puso contra su garganta.

—Os dije que solo queríamos conversar —le decía al oído mientras comenzaba a hurguetear entre su vestido—.

Vigilad que nadie venga —ordenó a sus secuaces, quienes se colocaron a ambos lados del árbol.

Apurado, trataba de rasgar la falda de Hilda, quien no se atrevía a emitir el más mínimo ruido por miedo a que la navaja le perforara la garganta. A pesar del terror y la desesperación, se mantuvo firme oponiéndose en la medida de lo posible, rogando que alguien llegase pronto a ayudarla.

En ese instante, de manera casi imperceptible, una mano asomó por sobre el hombro del maleante y, tomándolo de la muñeca que sostenía el cuchillo, lo alejó lentamente del cuello de la joven. El sujeto intentó zafarse, pero no logró moverlo. Mientras le apretaban la mano, la giraron en sentido contrario al punto que no le quedó otra opción que soltar el arma. Con la mano inmovilizada, la consiguiente patada en el pecho lo tiró a tierra, a un par de metros de distancia. Nikolai tomó rápido a Hilda y la puso tras de sí. Los tres malhechores se pusieron a la defensiva ante la presencia del extraño.

—No quiero problemas, así que les voy a pedir que se alejen y olvidemos este desafortunado incidente.

—¡A por él! —gritó enfurecido desde el suelo el líder.

Hacía tiempo que Nikolai no peleaba. Por algunos instantes, sintió que estaba entrenando con sus amigos en el gimnasio de Gustav en el distrito de Eggenberg, o luchando al interior del frío vagón de tren cruzando los Alpes, camino a Hamburgo. Ya no era tan ágil ni rápido como su versión más joven, pero el trabajo del campo lo había vuelto más fuerte y duro. Sus puños eran como dos mazos de acero que esa mañana volaron más de un diente, a la vez que, con

elaborados movimientos, los fue inhabilitando uno por uno. Rendidos y adoloridos, sin fuerzas para moverse, los tres sujetos estaban tendidos en el suelo. Al cabo de unos segundos, Nikolai esbozó una leve sonrisa mientras se arreglaba la ropa; no lo quería reconocer, pero disfrutó haberles propinado una paliza.

Rápido, se alejaron del lugar. Tomados de la mano, Hilda y Nikolai corrieron sin mirar atrás; la adrenalina los llevó un par de kilómetros de distancia. Cuando estuvieron al fin solos, se abrazaron fuerte. La sola idea de perderse el uno al otro los hizo darse cuenta de que no querían seguir malgastando tiempo. Pasaron el resto del día juntos declarándose el inmenso amor que los embriagaba y que no querían esconder más.

Al anochecer, llegaron a la estancia Schneider. Hilda estaba decidida a enfrentar a su padre y decirle que quería estar con Nikolai el resto de su vida.

A las afueras de la casona, se juramentaron enfrentar cualquier decisión juntos; no querían separarse más. Bajo la oscuridad de la noche, se declararon amor eterno, como tantas veces lo habían hecho aquel día. Se besaron mientras comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia. En ese instante, se abrió la puerta de la entrada principal. Sorprendidos, vieron cómo bajo la luz del farol que colgaba sobre la puerta de casa asomaba la figura de Hermann, quien dio un paso al frente.

— ¿Qué significa esto?

— Señor Schneider, necesito hablar con usted.

— ¿Qué le has hecho a mi hija? ¿Por qué la tomas como si fuera tuya?

Se quedaron en silencio, Hermann estaba alterado y Nikolai no encontraba palabras para decir lo que sentía.

—¿Por qué la tomas como si fuera tuya? ¡Suéltala ya! —ordenó rabioso.

—¡Estoy enamorado de su hija, señor Schneider! —gritó interrumpido por la lluvia que comenzaba a caer con más fuerza.

—Y yo lo amo a él, papá.

Hermann se puso rojo de furia.

—Hilda, entra a la casa.

—No, no lo haré.

—Hilda Schneider, ¡entra a la casa! —gritó con la furia que solo un padre ensimismado puede tener.

—Será mejor que hagas caso —dijo Nikolai en voz baja—, yo hablaré con él.

Hilda pasó corriendo y llorando junto a su padre para entrar a la casa. Nikolai se acercó.

—Señor Schneider... Hermann... amo a su hija más que nada en el mundo y ella me ama a mí también.

—¿Cómo te atreves? Te di la confianza de vivir como uno de nosotros. Te albergué como a uno de mi familia. ¿Y así me pagas? ¡Traidor!

—No. Usted me dio la confianza y yo le respondí con trabajo y respeto todos estos años.

—¿Respeto? ¿Engañando a mi hija? ¿Quitándome a mi niña? —El tono ya no era de rabia, sino de pena.

—Yo la amo, señor Schneider.

—Pues deberás hacerlo desde otro lugar, esta ya no es tu casa.

—Pero...

G. T. Millachine

—¡Toma tus cosas y lárgate! —gritó a los cuatro vientos mientras apuntaba con su dedo índice hacia el oscuro horizonte.

—¡No tan rápido! —se escuchó en medio de la penumbra, junto con el característico clic del martillo percutor de un revólver.